

SALVO EN PELIGRO DE MUERTE II

Hablábamos de, si podían o no recibir los Sacramentos católicos divorciados casados civilmente, católicos en situación matrimonial irregular o en la que cada cual se halle en el momento de la muerte, pues en caso de peligro de muerte bastará con un sincero arrepentimiento de los pecados para poder recibir los sacramentos de la confesión, de la eucaristía y de la unción de enfermos y ancianos.

Pero, además, en caso de peligro de muerte también puede impartir los sacramentos un sacerdote que esté suspendido, que tenga prohibición de ejercer el orden sagrado porque es sacerdote y es sacerdote para la eternidad.

El orden sacerdotal es un sacramento que, como el bautismo y la confirmación, imprimen carácter, que es una señal imborrable en el alma para esta vida y para la eterna.

El carácter que imprime nunca desaparece, por lo que el sacerdote no puede dejar de ser sacerdote nunca, aunque no viva, ni ejerza como tal.

Eso sí, el sacerdote puede llegar a perder el estado clerical, por una pena de dimisión legítimamente impuesta, por ejemplo.

Los sacramentos son los medios ordinarios por los que nos llega la gracia.

La gracia -como nos dice San Pedro en su segunda carta 1,4- es participación en la naturaleza divina: “divine consort nature”. Con una traducción libre, podría decirse que, con la gracia, tenemos la misma suerte –consorte nature- que la naturaleza divina... No hay mayor honor. De ahí, que Santo Tomás de Aquino afirma que el menor bien sobrenatural es mayor que el universo.

Sobre la gracia, el padre Raniero Cantalamessa, predicador de la Casa Pontificia, ha explicado en el Vaticano, el 2 de diciembre de 2016, en la primera predicación de Adviento:

El Espíritu Santo nos da la vida divina, la vida de Cristo -que es la vida sobrenatural- en el bautismo –por el que renacemos-, en los sacramentos, en la palabra de Dios, en la oración, en la fe, en el sufrimiento aceptado en unión con Cristo. El Espíritu Santo nos da la vida de la gracia, haciendo morir las obras de la carne.

El Espíritu Santo, con la gracia, nos diviniza.

Louis de Wohl nos cuenta -en “La luz apacible”, Libro I, capítulos I, II, pág. 21 y ss, Editorial Arcaduz:

“El emperador Federico nunca solía permanecer mucho tiempo en el mismo sitio. Desde que había sido excomulgado cambiaba de residencia varias veces al año, como si la tierra ardiera bajo sus pies, lo cual no sería de extrañar...

Cinco horas después llegaba el Emperador, acompañado de un cortejo de unos sesenta nobles y varios cientos de servidores.

Reinaba la oscuridad, aunque no en el monasterio. El conde de Caserta lo tenía todo dispuesto. Había colocado antorchas bajo las arcadas del patio y cubierto el suelo con preciosas alfombras. Las campanas repicaban al unísono.

El conde en persona, sin armadura ahora, vestido de terciopelo y orlado de pieles, se inclinó profundamente ante el Emperador. Luego besó el estribo de su cabalgadura y le ayudó a desmontar.

Federico II vaciló un instante. «Antorchas vivientes», musitó. «Por las barbas del profeta, es muy original». Y es que las antorchas estaban sujetas a la cabeza de las danzarinas, quienes lucían vistosos trajes orientales y rutilantes joyas.

-Tu gusto mejora, Caserta. Pero no las tengas ahí plantadas mucho tiempo. La noche es fría y, si se acatarran, mis amigos se acatarrará también. No se por qué, pero suele ocurrir...

Estalló una carcajada general que el Emperador acogió con la típica sonrisa de todos los Hohenstaufen; una sonrisa en la que los ojos no participaban.

-Caserta, eres una especie de mago –murmuró el Marqués Pallavicini- ¿Cómo te las has apañado para convertir los monjes en danzarinas? ¿Dónde está el abad? Me gustaría conocerle.

- ¿Y los monjes?, preguntó el Emperador, bruscamente.

El conde de Caserta se encogió de hombros.

- Caminando bajo las estrellas... Hacia el Sur.

¿No era esto un monasterio hasta hace poco?

- Hasta hace unas pocas horas creo... Me pregunto qué pensarían los monjes cuando los animales imperiales entraron aquí. Fue una idea suya, como sabéis. Le entusiasma gastarles bromas desde que...

Se interrumpió. No era prudente referirse a la excomunión del Emperador.

- ¿Qué animales? –preguntó el inglés-. ¿Esas... mujeres?

El italiano estalló en carcajadas.

- ¡Espléndido, señor! ¡Y dicen que en vuestra tierra no tienen sentido del humor!

¡Qué extraño país este, en el que un Papa y un Emperador se hacían la guerra mutuamente!

-No, no, Pallavicini –gritaba el Emperador- He dejado mi guardia fuera, en el pueblo. Se divertirán más allí, con las aldeanas, y yo no las necesito aquí.

Sin olvidar a Mouska y a Marzukh, mis dos bellezas de ébano, que siempre duermen junto a mí. Si son capaces de enfrentarse a tigres y elefante, imaginad lo que harían con un intruso de dos patas...

- ¿Es verdad, padre, que sus cortas dagas están envenenadas? –preguntó Selvaggia.

Federico le sonrió, cariñosamente.

- No debes ser tan curiosa, hija... La primera curiosidad de la primera mujer provocó la ruina del mundo, y cuando concibió por primera vez, alumbró un asesino.

Un cero a la izquierda. Una cosa de extraordinario valor para los que llevan las cuentas de mis riquezas. No es nada en sí mismo, pero, puesto a la derecha de cualquier cifra multiplica diez, veinte veces su valor. Sí, gracias al cero, los cálculos se simplifican, aunque en sí mismo no valga nada. Es una entelequia metafísica.

Federico se encogió de hombros.

- Se dicen muchas cosas de Tierra Santa que no son verdad, –murmuró-. Lo digo yo, que entré en Jerusalén, como sabéis, y me hice coronar en la iglesia del Santo Sepulcro.

- Sí, todo el mundo lo sabe –intervino Eccelino-. Algo que al Papa le hizo estremecerse...

-Aquí le tenéis –dijo el Abad-. Acércate, Tomás.

Tomás de Aquino, el macizo y robusto adolescente, que se había mantenido confundido entre todos –un hábito negro y una capa pálida más-, se aproximó al Abad y se arrodilló a su lado.

- *Tomás, hijo mío, esto ha puesto fin a tus estudios, aunque no a la oración, que solo puede interrumpir la muerte. Quiero que vuelvas al hogar y permanezcas algún tiempo junto a tu madre.*
- *El muchacho asintió con la cabeza.*